



HIMNO I.

Cantemos, mejicanos,
Con cantos de alegría
A la sin par María
Que al Tepeyac bajó,
Y en él su bella Imagen,
Cual prenda de victoria,
De amor, de dicha y gloria
Por siempre nos dejó.

Apareció en el cielo una gran señal, una mujer vestida del sol, y la luna á sus piés . . .

Del grato sol vestida,
Hermosa cual ninguna
Y teniendo la luna
Debajo de tus piés,
Como señal grandiosa
De paz y de consuelo,
Desciendes á este suelo
Que con ternura ves.

María llena de gracia, el Señor es contigo . . .

En gracia concebida
Toda de gracia llena,
Purísima azucena
De aroma virginal,
En Tí esforzó el Eterno
Su infinita potencia,
Su inescrutable ciencia
Y su amor sin igual.

Escogí este lugar . . .

Tus labios que destilan
Del néctar la dulzura,
Pronuncian con ternura
La montaña al pisar:
"Cual Madre cariñosa
Este sitio he escogido,
Porque en él he querido
Todo mi amor mostrar.

Y lo santifiqué para que por siempre esté allí mi nombre y
fijos estén sobre él mis ojos y mi corazón en todo tiempo.

¡Oh sitio venturoso!
Yo lo he santificado
Para que en él, amado
Mi nombre siempre esté;
Para que estén mis ojos
Fijos sobre él, y amante
Mi corazón constante
Sus beneficios dé."

Como el arco-iris que reluce entre las nubes de la gloria, y
como flor de rosas en días de primavera.

De gloria entre las nubes,
Como iris esplendente
Que esparce refulgente
Su luz que hace gozar,
Y como flor de rosas
En grata primavera,
Se ha visto placentera
Nuestra patria brillar.

Las flores aparecieron en nuestra tierra.

En nuestra tierra vences
De invierno los rigores,
Y haces brotar las flores
En duro peñascal;
Así tu blando aliento
Convierte de improviso
En bello paraíso
Nuestro ser terrenal.

Y como días de primavera ornábanla las flores de rosas y los lirios de los valles.

Como vernaes días
Las flores de las rosas
Adornan olorosas
Tu Imagen con primor
Al verte retratada
En un humilde ayate,
¡Que tanto así te abate
Por nosotros tu amor!

Hermosa como la luna... tus labios son de panal que destila la miel...

Eres bella, apacible
Como la blanca luna
Que va sin mancha alguna
Por el puro zafir.
Un panal son tus labios
Que vierten miel hiblea;
Miel que el alma recrea
Tu nombre al repetir.

Terrible es el nombre de la Virgen como un ejército puesto en orden de batalla.

Mas si eres dulce y tierna,
También eres terrible,
Como hueste invencible
Que en orden va á la lid.
Tu nombre en el combate
Es signo de victoria,
Y alcanza eterna gloria
Quien clama en él á tí.

A tí clamamos... Vida, Dulzura y Esperanza nuestra.

Por eso á tí clamamos
De México en la tierra,
Ya en paz, ó ya la guerra
Su grito haga escuchar;
Porque eres nuestra Vida,
Dulzura y Esperanza,
Y en tí nuestra confianza
Muy firme siempre está.

HIMNO II.

El pueblo mejicano
De Dios ¡oh Madre pura!
Su amparo, Reina y Madre
Te aclama con fervor,
Postrado ante la Imagen
Que llena de ternura
Le diste entre las flores
Cual prenda de tu amor.

Cuán bella apareciste
Del iris circundada
Y en medio de fulgores
Al venturoso Juan,
Cuán dulce le dijiste:
“De Dios soy Madre amada,
Que siento por el hombre
De Madre el tierno afán.

En este sitio quiero
Un templo en honra mía,
Mansión de mis amores
Para habitar aquí;
En él seré aclamada
Clemente, dulce y pía,
Amando á los que me amen
Y entre ellos, Juan, á tí”

Sumiso y obediente,
Con el candor del niño,

Recibe tus mandatos
Tu humilde embajador,
Y con sencillas frases
Sin pompa y sin aliño,
Tu voluntad expresa
De México al Pastor.

Y en vano fué, que triste
Volviendo á Tí afligido,
Te ruega que á otro elijas
De crédito y valer;
Y tú le dices: «Anda,
Que al fin serás creído,
Pues ni ángel ni monarca
Mi enviado debe ser.

A tí cual pequeñito
Yo te amo tiernamente;
Yo quiero sublimarte
Premiando tu humildad,
Y en hora de ventura
Pondré sobre tu frente
Corona inmarcesible
De eterna claridad.»

Camina, no desmayes,
Le dices, ¡oh María!
Y el pobre desvalido
Te dice con amor:
“Haré lo que me mandes,
Señora y Reina mía,
Sintiendo no ser digno
De ser tu servidor.”

Y cumple lo que ordenas,
Y al fin entre las flores
Que enviaste al buen Obispo
De tu orden cual señal,
De Juan en el ayate,
Circuida de fulgores,
Apareció grabada
Tu Imagen celestial.

¡Oh grato y memorable,
Feliz y hermoso día,
El DOCE DE DICIEMBRE
En que nos dió el Señor,
En tu preciosa Imagen,
Dulcísima María,
La más patente prueba
De inextinguible amor.

Aquí te veneramos
En tu pobre santuario,
Que aun de oro y de diamantes
Fuera pobre en verdad,
Porque eres tú Divina,
Porque eres el Sagrario
De la adorable y Santa
Y Augusta Trinidad.

Y siendo tú la Reina
De todo lo que existe,
Y siendo tú la Madre
De Dios nuestro Criador,
Morar entre nosotros
Humilde tú quisiste,

Para darnos cual Madre
Las pruebas de tu amor.

Bendita tú mil veces,
Bendita te aclamamos
De México los hijos
Latiendo de placer;
En todos los instantes
Gozosos te invocamos,
Y gracias y favores
Derramas por do quier.

A la faz de los pueblos
Que siguen tus pendones,
Un Sucesor de Cristo
Gozoso proclamó,
Que igual favor no has hecho
A todas las naciones;
Que á México felice
Tu afecto distinguió.

El venerable y santo
Pontífice que al mundo
Hoy asombrado tiene
Con su inmenso saber,
Pulsando lira de oro
Y con amor profundo,
A tí dirige un canto,
Que es canto de placer.

En él te ruega ¡oh Madre!
Que en senda floreciente
A nuestra bella patria
Dirijas sin cesar,

Y que la fe de Cristo
Gloriosa y refulgente,
Sin que jamás se eclipse,
Sobre ella hagás brillar.

Su ruego oirás benigna,
Y en tanto, Virgen pura,
Nosotros embriagados
De dicha y de placer,
Diremos á los pueblos:
"Aquí nuestra ventura,
Aquí en la pobre tilma
Podéis venir á ver."



LA REINA DEL CIELO

PIDIENDO CASA EN LA TIERRA.

La Virgen que en el paraíso
Por el Criador fué aclamada
Invencible vencedora
De la serpiente villana
Que á nuestros padres venció
Con sus falaces palabras,
Después de cuarenta siglos
Nació en una pobre casa
De Nazareth, siendo noble
Y de estirpe soberana.
Pobre creció, pobre un día
Reclinó sobre las pajas
De un pecebre, al Hijo amado
Que del mundo era Esperanza,
Y pobre en el triste día
En que en la Cruz espirara